

José María Souviron

¿Quiere usted ser escritor?

El día que ustedes gusten, revisando los anaqueles de una librería, (¿anaqueles?... eso suena mal. Huele mal. A farmacia)... inspeccionando los plúteos de una librería, (ya quedó bien) encontré una serie de folletos con títulos interrogatorios... (Cómo diría yo... Interrogatorio es una serie de preguntas; sabe a judicial, a rábula y tinterillo. Mejor sería decir: con títulos preguntones... Oh, feísimo mucho peor. Los críticos no me van a perdonar esto... bueno, adelante). Con títulos entre signos de interrogación... La verdad es que el idioma es sumamente imperfecto, sumamente imperfecto de subjuntivo. O pluscuamperfecto, que viene a ser lo mismo. Y de paso, que noten los críticos que yo sé gramática. La suficiente para escribir. Pero, ¿sirve la gramática para escribir?... No. La grafía es lo que sirve para eso. A ver, recordemos: «Gramática es el arte... (¡Estamos frescos, el arte!) de hablar y escribir correctamente, (correctamente, no: rectamente, porque correcto indica una intención posterior) un idioma». Total, que la definición de gramática no es gramatical. Ah, dia-

blos; y ¿qué será eso de gramatical si yo no sé lo que es gramática? Desesperación, angustia, rabia, hay que mesarse los cabellos. Mesarse los cabellos o mecarse los caballos? ¿Hay diferencia? Si yo me meso los cabellos... (Otro atajo. No se puede decir me meso, hay hiato. Horror: Ha y h i a t o. Es decir, el hiato existe en su propia definición: hay hiato en la sola expresión de la palabra). Ay, críticos, ¿cómo arreglaría yo esto? Aunque, pensándolo bien, no era hiato, sino cacofonía. (Cacofonía: enfermedad que suelen tener los niños de pocos meses).

Bueno; vamos al grano. (Otra enfermedad, grano, divieso. Le diviso un divieso, dice el doctor... cacofonía, cacofonía...) Vamos al asunto: Un día, ese día que ustedes gusten, encontré... (Gusten, presente de subjuntivo. Encontré, futuro. No concuerdan, que diga, no concuerdan. ¿Concorda o con cuerda? Con cuerda, como los relojes). Encontré unos folletos en los que se acumulaban los titulares con interrogación. Uno decía (el folleto no decía nada, por supuesto, señor crítico, porque los folletos no dicen). Al decir que decía, (redundancia, epaminondas. ¿Por qué no voy yo a inventar una figura o error gramatical que se llame «epaminondas». Sería tan sonoro para usted, señor crítico poder escribir: El autor Tal abusa del epaminondas). Y muchos escritores después, se estarían corrigiendo los epaminondas de sus libros. ¡Atiza! ¡He distribuído mal los paréntesis de arriba! Procuraré no meterme en hon-

duras. «Llaneza, muchacho, no te encumbres», etc., que decía don Quijote.

Entre aquellos folletos, había varios (preferiría escribir habían varios por hacer las cosas a derechas, y no concordar una persona del singular con un vocablo en plural, pero hay que ceder ante ciertas insinuaciones y...) que rezaban: (sin ponerse de rodillas, claro está):

¿Quiere usted aprender inglés?

¿Quiere usted ser robusto?

¿Quiere usted saber comercio?

¿Quiere usted callar?...

El caso fué, que, dominado yo por aquellas interrogaciones, tuve la feliz ocurrencia (como si una ocurrencia pudiera disfrutar de la felicidad) de ponerme a escribir un tratado por el estilo. Fijaos bien; no un tratado sobre el estilo, o con el estilo, o tras el estilo, sino un tratado por el estilo de aquellos. Y puse manos a la obra. Y salió esto. Yo no soy orador. (¿Han oído ustedes esto al final de un banquete? ¿Que no? Entonces ustedes no han ido a ningún banquete). Yo no soy orador y por lo tanto, no debo hablar. Debo escribir, puesto que no soy orador. No voy a proceder como esos que, al final de los banquetes, dicen: yo no soy orador. Y enjaretan un discurso. No, no, de ninguna manera. Pasemos al tratado.

Caballero: ¿Quiere usted ser escritor? Nota: Donde pone «caballero», léase «rufián» cuando así sea más sincero y veraz para el lector.

Pues si quiere ser escritor, siga nuestras normas,

utilice nuestros consejos, (suponiendo que los consejos puedan ser utilizables), aprenda nuestros procedimientos. Todo ello breve, sencillo, rápido, fácil, pedagógico y piedrático. (Yo sabía que alguna palabreja metería la pata, pero que le vamos a hacer. Un momento: a hacer, formidable epaminondas gramatical). Piedrático, no de pediatria, sino de piedra, Pedro, base angular. ¿Angular? Paralelepípedica. ¡Olé! Precioso, precioso. Ya marcha la cosa. La cosa, por supuesto, no es la cosa esa, lo que se llama la cosa. (Medias de Toluca, que llegan hasta la cosa). No. La cosa es lo otro, el caso. Ya marcha el caso.

¡Favor!... ¡Help! ¡Que la gramática me ahoga!... ¡Help! (En inglés, como lo haría Chesterling, que diga Kayser-ton, que diga Kayserling; no, Chesterton. Ya salió aquello).

Primera parte: Para ser buen novelista. Lo primero que se requiere, es tener una pluma bien cortada. O bien fundida. (Para el uso de la pluma y el portaidem, véase nuestro folleto: «¿Desea usted aprender caligrafía?»). Después, tenga usted en cuenta las siguientes reglas:

Primera: Para obtener lo que se llama color local, bastará con una esquemática frase que permita situar al lector en un ambiente. Ejemplos: Si se trata de París, dirá usted: «La catedral de Notre-Dame, se alzaba a lo lejos», o bien: «Salí de un cabaret de Montmartre, donde los lánguidos violines»... Esto da mucha categoría. Si se refiere a Barcelona, sobraré con lo siguiente:

«El puerto, lleno de transeuntes nocturnos, que iban y venían misteriosamente»... Si quiere usted hacer algo de Santiago, dirá: «En la esquina de Huérfanos y Ahumada»... Por último, si se trata de algo verdaderamente criollo y del terruño, de algo radicalmente propio, comience la novela con un diálogo que diga, poco más o menos: «Por la chupaya!...—¿Que pasa, pús, On Roberto?...—Que estaba ahí no más y me han botao la basura...— ¡Chitas!, ¡su mercé está curao!...» Y ponga usted, como decoración de fondo, un copihue, dos raulíes y una china escuchando la voz fatídica del chuncho. Resultado seguro. Exito sin precedentes. Si no da buen resultado, se devuelve el dinero del folleto. Sí, señor, usando esto, a los dos meses tendrá usted unos robustos y atrayentes senos... (Perdón; tenía delante una revista y he copiado el final de un anuncio de píldoras. Excúseme).

Segunda: Cuando quiera usted presentar un personaje indirectamente, lo hace llamar por otro, de manera que se le conozca sólo en la llamada. Verbi gratia: Un personaje conocido llama al que pasa por la calle: «Eh, tú, Ramón, hijo de Pedro, el zapatero de la esquina, natural de Lyon... acércate»... Con esta sola frase, tan corriente, tan sencilla, tenemos presentado a Ramón. Hay otro sistema, pero es un poco más peliagudo. Consiste en insinuar levemente las características del nuevo personaje, ante una mirada del conocido. Veamos: «Fulano dirigió una profunda mirada a Zutano. Le vió en los ojos un brillo extraño. Adivinó que allí se encerraba

el alma de un viejo cardador de Santo Domingo, que había sido maestro de escuela dos años antes en un pueblo de Venezuela». Los efectos son maravillosos.

Tercera: No vacile en los diálogos. Cuando se dialoga en una novela, no debe usted recordar que la vida es algo sumamente interesante. Si se trata de una modista desengañada, hará usted que cuente su caso, a una planchadora y amiga, de la manera siguiente: «Yo estaba triste, sin saber por qué. Byron lo ha dicho. Estaba desengañada, hierática, como una efige. Llena de eso que Goethe llama «desafinaciones electivas». Angustiada. Y un día huí con mi amor». A lo que responderá la planchadora, que es española: «Asaz menguado fué quien tal hizo. Mas, si vuesamerced me lo permite, magüer sus malandanzas, he de atravesar con un estilete las malhadadas entrañas del bravonel». Con este lenguaje, se neutraliza en mucho la deslabazada expresión criollista y se obtienen premios de la academia. Hay un caballero por ahí, nombrado Ricardo León, que con estas cosas ha emocionado a todas las porteras de Logroño.

Cuarta: Tenga cuidado con la ortografía. No escriba «paveza» sino pavesa. Paveza es una estupidez, una pavada, una salida de tono, pazguata y boba. No escriba «Frambueza». Es con ese también. Hay por ahí (epaminondas formidable, eso de ha y por ahí), unos críticos sagaces que lo joroban a uno en menos que canta un gallo. Cogen el libro y no se preocupan del asunto. Son malvados, malintencionados, maleados,

malquistados, malcriados y os dejan malparados. Capaces de condenar esta repetición sin notar que lo hice adrede. En último caso, si desea renovar la ortografía, hágalo con discreción y confesando que la establecida le molesta por su dificultad. Eso fué todo. «Yo fuí un soldado que durmió en lecho de Cleopatra» ... (Estaba recitando, por gusto. No vayan a imaginarse...)

Segunda parte: Para ser buen poeta. También es necesario tener la pluma bien fundida. Fundida, regalona. Dejarla ir. Mojarla en sangre, agua de mar, semen, lágrimas y jugo de zanahoria. Y escribir, escribir, sujetándose a los preceptos que prosiguen:

Primero: Si no consigue usted hacer versos, haga unos renglones que se parezcan un poco. Corte por donde guste, como las arropías; y véndalos al editor, así: «Traigo un retazo de cuarenta y cinco metros de poemas. Se lo dejo a buen precio. Una ocasión». Y si, por el contrario, tiene usted facilidad para rimar, haga redondillas y octavas sin control, sin meterse en profundidades. Aproveche las ocasiones: Inauguración de monumentos, banquetes, recitales de señoritas panameñas, finales de comedia, proclamación de candidatos a senadores y diputados, etc. Y junte, al final de cada renglón, equidistante, labios rojos y bellos ojos; tengo tristeza y soy una *paveza*; tengo una herida y me duele la vida; me acuerdo de ella y era muy bella. O en otros casos, hazaña y España; América y homérica; batalla y metralla; caudillaje y homenaje; y civi-

lidad, libertad, igualdad y fraternidad. (Atronadores aplausos. La estatua del caudillo conmueve la cola de su caballo).

Segundo: Escriba unas poesías (o lo que sean), donde se manifieste fuertemente su pasión. Si no, le van a decir que es frío, tempánico, estepario y antártico, más allá del círculo polar. Muerda, raje, pinche, desgarré; deje a la pobre mujer hecha una lástima. Así, así hay que tratarlas; la poesía tiene que ser humana; de vez en cuando, una bofetada sonora, que grite la amada. Pasión, vitalidad, poesía...

Tercero: Si eres mujer, es decir, poetisa, procura sobre todo decir en tus versos cosas como ésta: «Me retorcí el bigote... Fumándome un habano estaba... Te poseí, bien mío...» Da mucho carácter. Si eres soltera, empieza un poema diciendo: «Esposo mío, que has llegado»... Si no tienes hijos, debes iniciar el soneto: «Feliz y rodeada de mi prole»... Si vives en el octavo piso de un rascacielo, expón en un alejandrino inicial: «Al romper la mañana, mi jardín se despierta»... Y sobre todo, si tienes un marido, haz algún verso que diga: «Mis veinte amantes llegan a mi alcoba»... ¿Comprendes? Perdón, por haberte tuteado. Es la costumbre, muchacha.

Cuarto: Voy a terminar, no temáis. Un postrer consejo para el cultivo del verso. No hay que tomarlo a mal, porque brilla de sincero. Procurad, por todos los medios a vuestro alcance, que el libro de poesías lleve

prólogo de un señor dedicado a la exportación de arvejas. Aumenta la posibilidad de una segunda edición.

Estoy maravillado. Desde que me puse a dar consejos, desde que entré de lleno en el estado de la cuestión (¿verdad, señores escolásticos?) desde que no hice peticiones de principio, ni círculos viciosos, desde que abandoné las categorías y los universales, todo salió tan fácil, tan suave, tan resbaladizo. Antes, al comenzar, me atarugó la gramática. Tenía miedo a los críticos... A propósito. Queda una receta. Para ser buen crítico. Vamos a copiarla.

Para ser buen crítico, lo primero que se necesita es no ser otra cosa. Elemental base, sin contradicción posible. Después, tolerar que los escritores se permitan criticar la crítica. Es decir, criticar para ser criticados. Aguantar los dictérios del que no haya suscitado una incondicional admiración. Estas son las cualidades negativas. Las positivas, más necesarias, si cabe, estriban, conviene a saber: En ciertos casos, atisbar dónde se ha deslizado un error de construcción, dónde se han reunido dos adverbios o dónde se ha utilizado mal un artículo determinante. Para exponer ésto, no es necesario tener cuidado de no hacer lo mismo. Basta con decirlo, aunque en la misma exposición se repitan adverbios, se usen mal los artículos determinantes. La cuestión es que lo del otro está mal. Después, no permitir que se salga de dicha norma, ninguno de los libros que lleguen a las manos del censor. Un día cualquiera, se le lleva una novela de Mateo Alemán o un estudio de Saavedra

Fajardo, copiado al pie de la letra, con nombre de un escritor actual. En seguida encontrará ciertas *c o s i l l a s* que hacen el estilo un poco incorrecto. ¿Cuánto apostamos, si hacemos la prueba?

En otros casos, cuando no se desea tener estas preocupaciones, lo importante debe ser, (*d e b e d e s e r*, según algún *dómine* cabra), tolerar, mirar con buenos ojos las peores barrabasadas; *L a i s s e z f a i r e*, *l a i s s e z p a s s e r*, (como dirían nuestros camaradas Lalou, Bidou, Jaloux, Giraudoux, Arnoux y Petitchou), y decir que, si allí no hay una madurez pletórica (¡qué sonoro!) al menos se vislumbra un escritor en cierne. (Cierne, para el singular; ciernes, para el plural). De ambos modos se consigue una vara decisiva en su golpe.

Hay otro medio de ser escritor. Que es el único que da resultado. Pero éste, a lo mejor, ni yo lo sé. Y si lo supiera no lo daría a luz por el módico precio a que se vende mi pequeño folleto y utilísimo fascículo popularizador, de gran necesidad para la humanidad... (Consonancia, cacofonía, epaminondas... Horror!) Se acabó. Fuera!